



HOY ES MIÉRCOLES

JÓVENES VASCOS COOPERANTES 2003

¡Ma!,...¡Ma!... y unos golpes en la puerta nos avisan que va siendo hora de levantarse. Lo primero es atender a nuestro particular despertador: Chuchín. Tiene dos años y medio y aún no habla nada excepto su característico ¡Ma!. Abrimos la puerta y ahí está, un abrazo y un beso es nuestro despertar diario. Todo un lujazo. Tras eso entra en nuestra habitación y empieza a tirar todo lo que encuentra a su camino. Ya todos están en pie realizando sus labores. La casa donde están los dormitorios tiene dos pisos (como la mayoría en México, aquí las altas tecnologías de sistemas que absorban las vibraciones de los terremotos es ciencia ficción y para un sismo es más difícil tirar una casa tan baja). Las matemáticas no fallan: una población de unos 15 millones de personas + casas de dos pisos = la ciudad más grande del mundo. Si algún día vais a Distrito Federal, no os perdáis los últimos 20 minutos del vuelo: sobrevolar la ciudad; te costará mantener la boca cerrada. En el piso de abajo ya están viendo la televisión hasta que todos acaben sus tareas: barrer, fregar, sacar la basura,... las tareas propias de una casa.

Después de esto, todos hacia la puerta, que está cerrada con llave. No se sabe muy bien si es para que nadie salga o para que nadie entre. Todas las casas por fuera son iguales: Pared y puertas de metal todo cerrado. Los coches dentro, en el patio. Nos trasladamos al comedor que está en otra casa. Para nosotros son unos tres minutos con los chavos son casi diez y es que hay que llevarlos muy agrupados. La amenaza de que secuestren a un chavo es real y ya estamos avisados así que todos bien agrupaditos. En total unos sesenta chavos desde los dos a los catorce. Lavarse, desayunar, fregar y limpiar el comedor.

De aquí la misma operación para ir a la tercera y última casa: El club. Esta vez hay que bajarse de la acera porque en esa tienda venden drogas y en la entrada han puesto una maquinita nueva. Una máquina tragaperras para chavos. Pueden ganar por un peso veinte. Justo el precio del producto estrella de la tienda: La piedra. Se sabe que tiene cocaína pero nunca lo que es el resto,... algunos dicen que matarratas.



Por fin llegamos al club y tras la verja los salones donde recibir las clases. En la puerta un hombre cuida de que no entre ningún desconocido y los chavos ni siquiera pueden salir a la tienda de enfrente. Sólo lo pueden hacer con un maestro o maestra. Si a eso se puede llamar tienda, claro. Los mexicanos y mexicanas son muy apañados para ganarse unos pesos. Unas cajas sobre la cómoda, un par de frigoríficos de coca-cola y poco más hacen de la habitación familiar una tienda de chucherías. Claro que a veces es un poco embarazoso comprar algo cuando el señor tiene a la señora aún en la cama. Así, que ese día un saludo doble a pesar de no saber muy bien si el cuerpo tendido en la cama está despierto o dormido aún.

Si todo va bien las tareas es cosa de hora y media. También hay talleres: las enfermeras con su taller de salud, los de Trabajo Social con las historias del centro, unas señoras que dan el taller de valores y el taller estrella: el de computación. Siempre queda tiempo para jugar en el patio. Lo de siempre, fútbol. O con los de preescolar, a pesar de tener que cambiar algún pañal que otro. Como sin darte cuenta ya son las doce y media. ¡Cómo pasa el tiempo! Otra vez a agruparles, evitar la tienda y a las duchas. Dicen que México es el primer consumidor de refrescos del mundo. No lo sabría decir, pero sin duda es el primer consumidor de gel para el pelo. Todos bien arregladitos y arregladitas con sus uniformes limpios y para el comedor. La mayoría de la comida llega por donativos. Hay diferencias puesto que el pan es escaso. Todo se come con tortillas de maíz que se enrollan en la mano. Lo que ellos llaman pan nosotros lo llamaríamos bollos. Era lo habitual en el desayuno o en la cena aunque a veces, nos sorprendían con huevos revueltos, frijoles,... ¡Vaya desayuno! Eso sí, los bollos, donativo de una cadena de pastelerías, son de hace dos o tres días pero para hacer sopas es indiferente. Sí, es cierto, los mexicanos y mexicanas le echan chile a todo pero, ¿No me han pedido acaso en los campamentos ketchup para la sopa? Cada persona con sus gustos.

Y después todos a la escuela, como siempre escoltados pero no como los repartidores de las tiendas. Los de la cerveza, el tabaco,...llevan a uno con chaleco antibalas y arma automática. Pero sólo los repartidores que cobran en la tienda la mercancía que dejan.

Tras dejarles en la escuela llega nuestro "tiempo libre" que aprovechamos para echar una mano a los de Trabajo Social. A veces, para leer las fichas de los chavos y chavas. Solo dos o tres,... no te dan ganas de más. Otras, echar una mano para repartir las



despensas a la comunidad. Las más para hacer carteles que hagan saber a la Comunidad los servicios que presta el Centro.

Se acercan las seis y hay que ir a recoger a los chavos y chavas. Esta vez con la camioneta. Pero salen desperdigados y otra vez, por seguridad, hay que agruparlos hasta que llegue la camioneta. Veintisiete diablos jugando al fútbol en la calle. Menos mal que es lo habitual y los coches se arriman a la acera para no entorpecer el juego. Además en medio están las piedras que hacen de portería.

Lo de recogerlos es un servicio puerta a puerta. De la escuela a la puerta del comedor. Subimos arriba para quitarles el uniforme de la escuela y preparar la mesa para la cena. Y después de cenar a los dormitorios. A la sala de la tele algunos: Dragon Ball y los Simpsons (Aunque aquí Homer es Homero y Ralph es Rafa). Otros a jugar a canicas y desde hace poco se puede utilizar el gimnasio que se consiguió de un centro de fitness.

Estos momentos son los más estresantes. Peleas, insultos, castigos,... la verdad es que parece que la televisión no los apacigua. Sor nos suele decir: "es lo que han visto y aprendido en su casa". Son las nueve y todos a la cama. Ya ha venido Ricardo, el velador. Él se encargará de cuidarlos a la noche para que no se caigan de sus literas y arroparlos cuando se mueven. Y nosotros también nos vamos a la cama. Mañana será otro día y cuando te acuestas piensas en lo poco que queda para que Chuchín vuelva a aporrear la puerta demandando su ratito de sentirse querido e importante para alguien. Y aún no sabe que los que nos sentimos queridos e importantes somos nosotros. Todo un lujazo que ahora, desde la distancia se echa de menos.